



PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes. 4 rs
Tres meses. 11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion. . . 14
Seis meses, en la misma. 26
Tres meses, por comisionado. 15
Seis meses, por comisionado. 28
ESTRANJERO: tres meses. 30
ULTRAMAR: seis meses. 3 pfs.



FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.
En provincias, por medio de carta franca a la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.
En el extranjero y Ultramar, en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos.
La correspondencia, al director de FIGARO.

CONVERSACIONES MADRILEÑAS.

En un periódico, no recuerdo cuál, he leído que en Monóvar, pueblo de la provincia de Alicante, un aldeano se entretenía en pelar cada noche, á hurto del dueño, un trechito de un campo de alfalfa; y que, sorprendido al cabo por el propietario, confesó que practicaba el forraje clandestino para mantenerse él y su familia con los tallos verdes, porque absolutamente carecían de sustento.

En otro diario he visto que los propietarios de un pueblo de la provincia de Albacete, movidos á caridad, se habían reunido para convenir entre sí que dejarían libre la entrada en sus tierras á los aldeanos que solían penetrar en ellas sin su permiso en busca de vegetales con que alimentarse.

—¡Es singular la afición de los campesinos á la ensalada! decía días pasados una hermosa rubia y nacarada vizcondesa á quien FIGARO contaba algo de estas cosas.

—No crea usted, vizcondesa, la dije, que los campesinos hacen el Nabucodonosor nocturno por afición á las achicorias, ni por castigo de su impiedad, ni por hábito inveterado de disfrutar lo ajeno sin permiso de su dueño. La Guardia rural no es muy fuerte en la historia del Antiguo Testamento, y harto saben que si les vé deslizarse en cuatro piés por un campo de alfalfa, no les ha de tomar por monarcas degradados, sino por merodeadores de frutos agrícolas.

—Pero entonces, ¿qué objeto se proponen esos aldeanos herboristas? preguntó la vizcondesa ya un tanto reflexiva; ¿qué les obliga á recorrer los campos en busca de las yerbas que brotan con la primavera?

—El hambre, vizcondesa. El proverbio dice que *á falta de pan buenas son tortas*; pero, créame Vd., cuando el pan escasea, el labrador ó el jornalero no tienen el consuelo de enviar á casa de Herman por *bricche* ó *gateaux*, y no les queda otro recurso mas que el de salir al campo en busca de sustento.

Bien castigado quedó FIGARO de su torpeza viendo el dolor, tan sincero como profundo, que se pintó en el rostro de su bella y delicada interlocutora.

—¡Madrid! ¡Madrid! la oyó que decía despues de un rato de penosa reflexion: *tú haces los hombres y los gastas*; tú avivas la inteligencia, mantienes la actividad y embotas la sensibilidad; tú fortaleces la razon y borras los sentimientos..... Adios, FIGARO: este año adelanto la expedicion veraniega; tardaré solo dos ó tres dias en disponer la partida: nos volveremos á ver el otoño, á menos que usted no quiera hacernos compañía en nuestra casa de A.....

—¡Cómo! exclamé oyendo el nombre del pueblo donde el vizconde tiene grandes propiedades: ¿no va usted á París esta primavera? ¿no pasará usted el verano en Suiza ó en Biarritz, ó siquiera en Zarauz?

—No, me dijo: comprendo que cuando tantas pobres gentes carecen del preciso sustento, tiene algo de criminal la indiferencia y el olvido en que en Madrid se vive. Los ricos, añadió, tenemos cura de almas, y no debemos dejar entregado al menesteroso á su triste suer-

te. La presencia de mi marido, y quizás la mia, en nuestras tierras contribuirá á aliviar mas de una desgracia. Por mi parte (esto lo dijo sonriendo), crea Vd. que no fomentaré la afición de los campesinos á las legumbres, y que mientras haya pan en mi casa, no necesitarán pedir permiso para recoger achicorias en el campo.

—Lo creo, dije apretando la mano que me tendía, y apruebo la resolucion de Vd. Pero, sin que sea mi objeto quebrantarla, ¿no dejará Vd. con algun pesar la corte en la estacion presente? ¡Ofrece aun tantas distracciones!

—La temporada del teatro Real ha terminado.
—¿Qué llama Vd. *terminar*? El teatro Real no muere nunca. Es como la monarquía: *á rey muerto, rey puesto*. Las puertas del coliseo de la plaza de Oriente se cierran, es cierto, llegado el mes de mayo; pero la música se vá á otra parte, y á otra, y á otra, y flota en los aires hasta que llega el mes de octubre, y se renueva el abono del palco, y se vuelve á oír á Tamberlick, á la Penco ó á la Galletti. La sociedad madrileña es fanática por la música, y, como el cisne, si hubiera de morir, moriría cantando.

—¿Lo dice Vd. por los conciertos de Arban?
—Y por los de Bahart, y por los de la calle de Carretas, y por los del Conservatorio, y por los que ha dado Barbieri, y por los que volverá á dar en cuanto se abran los Campos Eliseos. Créame Vd., la música es indispensable á la sociedad madrileña: ella y el coche son sus dos grandes pasiones, sus dos vicios. Mas, á parte de los conciertos, tenemos otros muchos espectáculos. Hay el teatro francés, donde la *troupe* de Mr. Prioleau ejecuta las obras de Alejandro Dumas y de Offenbach, donde se bailan *quadrilles* y se cantan *complets á l'instar du Palais Royal*.

—Sí, y donde el calor sofoca á la gente, y donde se oye cantar con las narices.

—No sea usted severa. Si todos los actores de Mr. Prioleau cantan mal; si Vénus desafina horriblemente, y no sabe qué hacer de los brazos ni de los piés; si Cupido es un Gavroche femenino, cuyo mérito consiste en lo corto de la túnica con que se cubre, en cambio Douan y Dahthant son buenos actores, y sus cabriolas, pantomimas y diálogos *facetieux* entretienen agradablemente. La buena sociedad aplaudía la otra noche á rabiar á la *troupe* francesa en *Orphée aux enfers*.

—La buena sociedad madrileña es la sociedad mas buena y mas sociable de Europa. Lo mismo se entusiasma con los solos de Arban, Cantier y Dunkler en Jovellanos, que aplaude al Gordito en la suerte de la silla ó al Tato cuando pretende *recibir* un toro. No pide mas sino que la diviertan, y es poco exigente en la calidad de la distraccion con tal que la cantidad sea mucha.

—Sin duda por eso vamos á tener este verano abiertos dos circos de caballos, en vez del elegante y cómodo del Príncipe Alfonso que antes campeaba solo.

—Y los dos estarán llenos, y cada *ecuyere* tendrá su círculo de entusiastas y admiradores, que la arrojarán coronas á riesgo de que se las coma el caballo; y no por eso faltará gente en el teatro de la calle del Barquillo, ni en los jardines de Apolo, ni quedará desierto el Prado. Madrid, con sus trescientas mil almas escasas, mantiene tan-

tos espectáculos como una de las primeras capitales de Europa. ¿De dónde sale tanta gente como acude al reclamo del cartel mas insignificante?

—De dónde sale no es difícil averiguarlo. De sus casas, que la ofrecen pocas comodidades y de donde la arroja el calor en el verano y el deseo irresistible de tomar el sol en invierno. Lo que yo no acierto á explicarme es de dónde sale el dinero con que todos esos espectáculos se mantienen.

—¡Ah! ¡el dinero! Ese es otro asunto, que me recuerda mi viaje: el dinero que sobra en Madrid es el que hace falta en los campos, en las aldeas; el que se necesita para que el campesino coma pan en vez de yerbas. Y de nuevo digo á Vd., FIGARO, *au revoir*, porque no quiero que congele la primavera sin que nos hallemos en nuestra quinta.

—Luego insiste Vd. en su proyecto.

—Sí; Vd. me ha recordado con sus horribles noticias, que los ricos, los grandes propietarios territoriales tenemos, como Vd. dice, *cura de almas*, y no quiero faltar á la mia.

—Pero ya ha llovido, la cosecha parece asegurada, el pan bajará y los pobres van á hallar trabajo y sustento.

—No lo sé; pero, aun cuando así fuese, no abandonaría mi propósito. ¡Es tan hermoso el campo en la estacion presente!

—Sobre todo, cuando pasan dos ó tres años sin contemplarlo, á no ser desde la ventanilla de un wagon de primera.

—¡Siempre sarcástico!

—Es mi oficio; pero aseguro á Vd. que hoy el ejemplo que Vd. me dá me ha conmovido y que voy á plantar mis reales en Leganés, en cuanto tenga reales que plantar; cosa difícil en los tiempos que corren á un literato-barbero, puesto en la disyuntiva de cultivar alfalfa ó de alimentarse con ella como el vecino de Monóvar.

CON EL DEBIDO RESPETO.

Digo que..... pero antójase, querido FIGARO, que esto de confesar una deuda, sin haber firmado antes, recibo ni pagaré, y lo que es peor, sin haber tomado aquello que se debe, sobre ser un absurdo, es conspirar simple y cándidamente contra la bolsa, ya sea esta la del dinero, ya la de los utensilios morales, capital de que son ricos los pobres, por lo mismo que tanto escasean del primero.

Pero ya que así es uso y como pasaporte de las ideas, con el debido respeto, digo que todo lo que digo, diga ó haya dicho lo digo con tan debido respeto, que mas que debido, llamársele debe pagado, y al interés mas crecido que se cotice.

Toda la jerga anterior procede, FIGARO del alma, de un suelto que lei, no há muchos dias, en que, con el debido respeto; se afirmaba que no habia gustado á ciertos señores lo que á otro debia haberle sabido bien, que en

esto de gustos nada hay escrito, sin duda porque alguna ley de imprenta, en los tiempos en que sobre gustos podía escribirse, lo había prohibido.

Al leer, con el debido respeto, se entiende, lo que, con el debido respeto, se había escrito, comencé á dar vueltas á la frase, y fuésemé calentando poco á poco el magín, hasta el punto de figurármese á la media hora que sin duda debe haber para los sentimientos morales una *finance*, como para los valores públicos ó de comercio; pues no de otro modo se comprenden tales deudas ni tales pagos. En su consecuencia, debe también existir algún sitio donde tales valores se coticen y algún boletín oficial de sentimientos, que, como el de la Bolsa todas las tardes, nos dé á conocer todas las mañanas á cómo estamos de deudas de respeto ó de gratitud, de obligaciones, de acciones, etc.; pues, por arte de birlibirloque, es el caso que la misma tecnología bursátil sirve para espresar las cosas que pasan ó deben ejecutarse con el alma, que lo que ocurre diariamente en el manejo y cambalache de valores públicos.

Cuando uno se pone á desbarar, sucede lo que con el comer y el rascar, y puesto yo en la pendiente, adquirí á poco rato la tendencia de espíritu bastante para ser conducido á Leganés, con el debido respeto de quien me llevara, porque, loco y todo, no había de permitir que se me enjaulase ó se me pusiese la camisa de fuerza sin el debido respeto, que alguien me lo debe de deber á mí, puesto que yo se lo debo á los demás.

¿Con que yo debo, además de otras muchas cosas, respeto? ¿Con que yo tengo obligaciones? ¿Y también acciones? ¡Pues ahí es un grano de anís todo lo que debo y tengo! ¿Estaré en quiebra? ¿Lo estarán mis conciudadanos? ¿A cómo se venderán los títulos, las deudas, las obligaciones y las acciones de los demás? ¿Podré cambiarlos á la par por los míos? ¿Valdrán estos mas ó menos que los de otros?

¿Quién me saca, quién me saca de este infierno por piedad?

¡El marqués de Caravaca..... etc.

Y colocado en la misma situación que éste, asombrado por el nuevo giro de mis ideas, locos y extravagantes pensamientos me arrastraban poderosamente. A todo esto, me hallaba en las altas horas de la noche, solo, arrebujaado en mi lecho, á oscuras. La sangre bullía en mis oídos, mis ojos, fijos en la densa oscuridad, debían brillar como carbunclos, cuando de pronto soné ó deliré, yo no sé cómo llamarlo, lo siguiente:

Por de pronto, sentí que todo yo me volvía como un calcetín de dentro á fuera: mas claro: que todo lo exterior era mi cerebro, y mi cerebro lo exterior, pensando fuera de mí lo que dentro de mí pasaba; que mi yo, como diría un filósofo, se hacia objetivo, y todo lo objetivo se convertía en subjetivo dentro de mí. No sé si me habré explicado, ni si me habrás entendido, porque no sé bastante griego para espresarlo con mayor claridad, ni dispongo de esas palabras que algunos géneos poseen para demostrar en una sola frase multitud de cosas que quieren decir. El caso es que en mi cráneo, se encerraba el mundo, y que yo estaba fuera de mi cráneo, asomado al agujero occipital, como una criada ante un *Tutilimundi* ó un astrónomo á su telescopio.

Allí dentro se movían, giraban, formaban grupos y gesticulaban multitud de enanillos, al rededor de una

meseta circular con barandillas, donde, de cuando en cuando, algún liliputiense se asomaba y leía, con voz de pito y con el debido respeto, algo que, despues de ser escuchado con el silencio mas profundo, causaba ó murmullos, ó gritos, ó glacial indiferencia, hasta que se repetía igual suceso. Quité los ojos de mi agujero y apliqué el oído.

En aquel momento, se leía la cotización de aquella Bolsa estraña. Hé aquí lo que escuché.

Respeto consolidado.	150 por 100
Idem diferido.	000
Al contado.	200 por 100
A fin de mes.	0 por 100
Títulos de amistad.	50.000 por 100
Idem otros títulos.	1½ por 100
Obligaciones.	{ Se cumplirán, porque hasta ahora no ha llegado el plazo.
Acciones de guerra.	000
Malas acciones.	200 por 100
Deudas libre-cambistas.	1¼ por 100
Idem deudas pasadas, presentes y futuras.	000

En esto se armó gran barahunda. Quién pedía con ahínco títulos de amistad; quién daba casi de valde todas las obligaciones que tenía; aquel, temblando, sin encontrar tomadores, ofrecía Respeto diferido; éste se apoderaba de todo aquel que le daban al contado, cuando de pronto sonó una gran campanada, y ¡cosa estraña! á pesar de estar yo fuera de mi cráneo, sentí un agudo dolor en las sienes, como si hubieran estallado á un tiempo.

Me desperté sobrecogido. ¡Tenía el trancazo!

¡Oh enfermedad horrible! y dicho sea con el debido respeto, ¡oh enfermedad contemporánea!... ¿En qué fiscalía de imprenta has nacido? ¿Hasta cuándo abusarás de nuestra paciencia?

¡El trancazo!!

¡Si á lo menos entrase con el debido respeto! Pero nada, FIGARO mío; de pronto, sin aviso prévio, sientes como un garrotazo en los riñones, que te reforma toda la cámara baja y te trastorna la alta. Provocas el sudor á la piel, mas durante que esto sucede, no tienes hueso sano; y sumido en el silencio, por largo espacio, es tu única distracción el martilleo de la reacción calenturienta en las sienes, y un trancazo en los riñones en cuanto te meaneas. En cambio, ¡cuán grato, sabe á tu débil paladar, durante la convalecencia, un plato de leche migada, con su quesito, á manera de postres, que devoras con ansia, sobre todo si te lo sirve la graciosa sobrina del ama de la casa de huéspedes en que habitas! Jamás se aprecia tanto la salud como despues de haberla perdido, y dicho sea con el debido respeto, la convalecencia de cualquier enfermedad, y sobre todo la del trancazo, está llena de dulces goces, de fruiciones sin cuento. Cada vez que estienes tus miembros sin dolor alguno, que respiras con libertad el aromado ambiente de la primavera, das gracias al Creador por la vuelta á la vida y casi miras con agradecimiento el ya desocupado lecho, donde, entre horas de insomnio, y bajo la tiránica férula del doctor, has vuelto á hallar el olvidado placer que proporciona la convicción de la salud, de la vida y la libertad.

Aunque yo no me halle aun en el caso de una convalecencia asegurada, es tal la prisa que me doy por

y las miserias de la tierra, que son los malhechores y saltadores de este camino de que te hablo. Contra la fiera de los primeros, déjote el santo temor de Dios que yo y mi mujer te hemos enseñado y la propia honestidad y decencia, que de natural siempre has tenido; pero muchas son y grandes las tentaciones para el mozo libre y sin freno, de que saco serte convenientísimo echar un nudo á tu libertad, y sujetar tu albedrío con el lazo de la obligación; que es decir, casarte. Contra los otros peligros de la vida, que son la desnudez y la hambre, déjote aprendido mi oficio de pañero, puesto que aun no seas oficial examinado; mas suele acontecer que, por las guerras y otras causas de desastres en estos reinos, vienen los tiempos malos y no se labra pieza, con mas que si el rey y los procuradores no ponen remedio en lo de traernos sus rajás los florentinos, vendrán en desuso y menosprecio los paños de nuestros telares, de que se habrá de seguir el perdimiento y muerte del dicho obraje y de los menestrales que en él se emplean. Contento sería de poder dividir entre tí y mi hija única Blasa el interese y hacienda míos, que como á hijo te quiero; mas obligación de gangre es que Blasca herede cuanto poseo, cuanto mas que así está por juró y fuero establecido. Con que, ya que no puedo mandarte de mi caudal, veas tú si topas con medio alguno de que este segundo padre tuyo, ó mejor primero, pues que el natural no te fue conocido, te favorezca y ampare conforme á sus deseos. Despierto eres; conocida te es mi voluntad, no se te oculta el grande amor que te tengo; pesa mis razones; acuérdate del bien que en mi casa gozas; piensa el abandono en que quedarás si yo muero, y mira despues de todo lo que te cuadra, y lo que habrá de convenir también á este pobre anciano, á quien mucho debes, y que, por no saber que te dar mas, es ya forzado de dar suelta á su dolor y lágrimas.

Y maese Prieto no pudo contener dos hilos, mejor diré, dos gruesos cordeles de llanto que salían de sus ojos al terminar su razonamiento. Para Dieguillo ya aquello era mas claro que el juramento á que por la mañana le había casi forzado Blasa. La relación del pañero transparentaba los deseos de la coreobada

usar de mi salud, que, con el debido respeto á la enfermedad, y con el mas debido á todos aquellos á quienes lo deba, te envío estas mal perjeñadas líneas.

UN PARROQUIANO.

UN LIBRO PARTICULAR.

II.

Como en todo cabe progreso, hasta en la manera de morir ó de ser muerto, la santa misión de la Archicofradía de Paz y Caridad se ha simplificado con el tiempo. Un reo da al presente poco qué hacer: media hora de paseo por fuera de puertas, unos cuantos minutos en el tablado y el tiempo preciso para darle sepultura cristiana. Pero en lo antiguo una ejecución tenía mas accidentes. En primer lugar, el reo podía ser azotado; cosa que proporcionaba un rato de distracción al pueblo, pero que á los hermanos de la Paz y Caridad, que acompañaban á aquel en el paseo y á quienes podía tocar una parte de los proyectiles de toda clase con que los espectadores mostraban su indignación, no debía ser muy agradable. Despues de la ejecución, larga á veces por ser generalmente de horca, estando reservado el garrote para las personas de *ejecutoria*, el reo podía ser descuartizado, ó quemado, ó ambas cosas. Considérese la posición de un *hermano*, obligado á asistir á todos esos actos del drama, á tantas operaciones quirúrgicas y ustorias, y dígame si no necesitaria la caridad de San Francisco de Asís y la paciencia del santo Job para seguir perteneciendo á la Cofradía.

Una duda se nos ocurre. Obligada por su instituto la Paz y Caridad á dar sepultura al reo y á acompañarle á la última morada, ¿cómo se componía cuando esa morada se subdividía en cuatro ó cinco palos, colocados en otros tantos caminos, cada uno de los cuales mostraba al viandante, á guisa de enseña, un miembro del ajusticiado?

Duélense los periódicos, cada vez que en la capital se verifica una ejecución, del espectáculo que ofrece el pueblo madrileño, que acude á ella como á una romería: á pie, á caballo, en coche, en ómnibus, con la bota en la mano, si es del pueblo, ó los anteojos de teatro, si pertenece á clase acomodada. Quéjanse también de que los diarios de noticias exploten la afición del pueblo á lo dramático, dando multitud de pormenores sobre los últimos momentos del reo, las palabras que dijo en la capilla, las coplas que compuso y hasta los perfeccionamientos que el ejecutor ha introducido en el instrumento del suplicio.

Sin duda esto no es propio de un pueblo humano y culto; pero ¡qué diferencia entre hoy y ayer! ¡cuántas escenas pintorescas, pero bárbaras, han desaparecido!

En primer lugar, han de saber ustedes, que como el reo debía ser conducido al patíbulo en caballería, y corría á cargo del ejecutor el procurarla, y como el *embar-go* era costumbre administrativa de aquellos felices

la voluntad del padre. Hallóse el mancebo sin saber qué replicar á la oración medio llorosa de su maestro. De un lado via los ojuelos de la muchacha que, á él, cándido mozo y doncel sin experiencia como era, turbaban y encendían; de otro, el agradecimiento á los favores del pañero ponía en obligación de atenderle; demás de esto, su poco de codicia agitaba el ánimo de Diego, y el tinto de la tierra no menos trastornadas traían su razón y inteligencia. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Qué contestar á tan declaradas palabras como las de Anton Prieto?

Diego cayó, Diego se entregó al pañero, y lo que fué mucho peor, á la pañerica.

—Señor, dijo á Prieto, vuesa merced es mi padre, vuesa merced es mi protector y mi todo. Por vuesa merced vivo y aliento; de vuesa merced es mi vida, y disponga de ella como sea servido. ¿Quiere vuesa merced casarme? Cáseme, que yo en ello vendré gustoso. ¿Con quién? Vuesa merced lo diga, que yo pronto estoy á obedecerle y respetar su voluntad....

—Paso, paso, Diego, hijo, repuso el pañero; no tantas mercedes que no soy hidalgo, ni está bien en tí que me honsees sobremanera; que si alguno te escuchara, según que me estás *mercedando*, creeria que intentabas pedirme á Blasca para tu mujer....

—Y esto, ¿os ofendiera, maestro? preguntó Diego.

—Confíesote que no, contestóle Anton, porque si es cierto que tú no tienes padre ni sobre qué vivas ni mueras, mi Blasca, la desdichadilla, yo sé que no puede volver locos á los hombres por su gentileza.

—Pero es tan buena conmigo, y tiene unos ojos.... dijo el aprendiz de pañero.

—¡Luego tú la quieres! saltó maese Prieto.

—¡Sí, señor! contestó Diego muy por lo bajo.

—Y casaríaste con ella? tornó á preguntar el padre de la jibosilla, á que volvió á responder sí el mancebo.

Entonces fué el alegrarse, y el saltar, y el gozar de maese Prieto. Abrazaba á Diego, lloraba y reía en un mismo punto, tirábase por la yerba, arrojaba á lo alto el sombrero y hacia

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

POR

FEDERICO VILLALVA.

MAL DE OJO.

IV.

Cuando Anton y Diego traségalo habían el atun de la una media fuente, y á los jarros dídolos dos soberbios tientos por cabeza, y cuando las suyas perdían el natural reposo, tomando la palabra el pañero, hizo á Diego, no sin algun entorpecimiento y trabazón en la lengua, el razonamiento que sigue:

—Hora es ya, Dieguillo, hijo, que pues quedaste en el mundo sin otro arrimo y amparo que el mío, y yo te le di como si fueras mi sangre, que pienses en que soy ya harto viejo, y que el Señor, dispondrá de tu protector y segundo padre cuando bien sea servido; y que serálo presto, según que mi vista se me oscurece y acorta, y según que flaquean mis piernas, y mis brazos se niegan al continuado trabajo de mis telares. Obligada necesidad del hombre dar con el cuerpo en la tierra de do salió, que es como dejar la corruptible máquina de la existencia que topamos al venir á este mundo, para tomar otra en otro mundo mas perfeto ó mas doloroso, tal como por nuestras obras le hayamos merecido. Dígame, pues, que es bien que pienses en los pasos del peligroso camino que se llama vida, y en que, por flaqueza de la carne, dejarte he solo y sin guía, sin defensa contra las pasiones y los vicios mundanos, sin abrigo contra las escaseces

tiempos, el ejecutor se mostraba tan avisado, que, para no carecer de acémila á su debido tiempo, embargaba todas cuantas aquel día entraban en la corte cargadas de mantenimientos para sus moradores; con lo cual, no solo lograba pingüe ganancia por el rescate que concertaba con los dueños, sino que hacia la desgracia del reo mas sentida y suspirada.

Además, existia en aquella época de luces una venerable Hermandad, titulada de San Hermenegildo, la cual se componia de ciegos, y disfrutaba el privilegio de que el tribunal ante quien se hubiera incoado la causa la suministrara un tanto de la sentencia, para que sobre él pudiera imprimir romances, narrando la vida, milagros y trágico fin del protagonista; llenaban los ciegos con estos romances sus cartapacios, y el día de la ejecución trababan entre sí descomunal pelea al pié del patíbulo sobre preferencia de sitio para espender su mercancía y rezar las oraciones que los circunstantes pagaran por el alma del reo.

Los Estatutos de la Paz y Caridad mencionan asimismo otra clase de personas, á quienes llaman *chillones*, y que Francisco Santos, en su *Día y noche de Madrid*, apellida *muchachos del trabajo*, como á los individuos de cierta clase femenina se les llamaba *mujeres del partido*; los cuales se ocupaban en llevar las campanillas y cajas para la demanda de limosna. No debia tener Francisco Santos muy buena opinion de estos señores *chillones*, por cuanto nos dice, que solian ser *maestros del dos de bastos*, que no les faltaba para hacer saltar la taba y sustentar sus personas, habiendo panaderos tontos, fruterías descuidadas y compradores distraídos; pero que lo que mas les engordaba era un día de ejecución, por lo que la apretura y bullicio facilitaba sus operaciones. Por donde se ve, que en aquellos tiempos, todavía mas que en los presentes, la ejemplaridad de la pena de muerte era cosa muy problemática, y que desde la elevada posición á que le trajeran sus fechorías, el reo podia contemplar una ó dos generaciones de rateros y malhechores, afanosos de emularlas.

Pero vengamos á la Paz y Caridad, ya avisada de que tiene que prestar los auxilios de su ministerio á un reo. Acompañado del Tesorero, presentase en la cárcel el Mayordomo mayor, y asiste á la notificación de la sentencia; estrecha en sus brazos al nuevo *hermano* y le conduce á la Capilla. Una vez allí, despues de suministrarle todos los auxilios que sean necesarios, establece los turnos de guardia, que han de hacer los hermanos por parejas, relevándose cada dos horas, y previene á todos que desde aquel instante el reo no puede tomar otro alimento mas que el que le suministre la Hermandad.

Retirase luego á la iglesia de Santa Cruz, avistándose antes con el juez competente, de quien recibe las órdenes sobre la hora de la ejecución, sitio de ella y sepelio del cadáver, y dispone que se coloquen en las puertas de la iglesia dos cuadros llamados *Tablilla*, los cuales mencionan las gracias espirituales concedidas por los Papas á los sentenciados á muerte y á cuantas personas los auxilien temporal ó espiritualmente.

La comida y la admision del reo en la Cofradía son

otras mil suertes de locura, de que en verdad hallábase asombrado el mozo, y se mofaban los que por aquel sitio holgaban en aquella hermosa tarde. Por fin, harto de zapatatás y travesuras, Anton dijo á su aprendiz:

—Acabemos, Diego, con el salpicon, que según tiene de cebolla, habrá de echar menos el vino, y vamos, que Blasa nos espera y llevarla hemos buenas nuevas.

—Con que, en efeto, acometieron con lo que de la merienda quedaba, y á punto que anochece, entraban ambos por la calle del Meson de Paños, midiéndola de ancho en largo, y mostrando bien á las claras ser allí zaques y no personas.

Blasca la esperaba en la puerta de la casa entre impaciente y temerosa.

V.

Dende á un mes celebráronse las bodas de Diego y la hija del pañero; mucho se rió en el barrio; mucho se comadreo, desde Platerías á la huerta de la Priora, y desde los portales de Guadalajara hasta el Calvario de Lavapiés; y aun no faltó algun poetilla chirle que compusiera un muy gracioso paso alusivo al casamiento de la jorobadilla con el gentil mancebo de la calle del Meson de Paños. Mas de todo importábasele una higa á Blasca, y tenía á envidia y celos de las mozas, que hubieran querido para sí al lindo pañero. Blasca, que mas creia vengarse de las hermosas que satisfacer su amor y deseo al velarse con el aprendiz de su padre, estaba contentísima; no tanto Diego, á quien las bur-las herian, y que se iba cada vez mas convenciendo de la fealdad de su mujer. Al mes de casado, parecíale ya enorme la corcobadura; habia ya visto de otro modo que por el extraño movimiento de las sayas la gran torcedura de las piernas de Blasca; y como ésta era verdaderamente feliz, reíase mucho, y mostraba en consecuencia mucho la boca y sus horrores. Las enamoradas caricias de Blasca teníanlas ya Diego á pesadez y cansada gazmoñería, y ya ni apenas los ojos de la pañera bastaban al contento pasajero de su esposo. Necesario término de union tan poco meditada.

los dos actos solemnes que se verifican en la cárcel. La primera la sirven los hermanos, á presencia del director espiritual y del alcide; en la segunda, se levanta un acta, en la que se consigna la distribucion de la cuarta parte de la limosna, que corresponde al reo, así como los encargos y mandas que disponga. En fin, durante el último día de Capilla, se celebra en Santa Cruz una misa de rogativa, con Manifiesto, á la cual acude gran concurrencia, atraída por las gracias que á los que la oigan han concedido la Santa Sede y muchos prelados; y verificada la ejecución y vuelta á la iglesia de la Cofradía, se canta un responso y se celebra una misa rezada.

La limosna recogida en las calles y en la parroquia de Santa Cruz no pertenece integra al reo, sino solamente la cuarta parte; las otras tres sirven para el pago de los gastos ocasionados, y para celebrar misas por su alma.

Resulta, pues, que el reo ni come lo que quiere, ni deja de pagar lo que come: á esto queda reducido ese banquete *gratis* que la imaginacion popular ha inventado.

La limosna asciende á veces á cantidades considerables. La mayor que se ha recogido fué la que correspondió á Francisco Collado, cabo del regimiento de Toledo, ejecutado en 10 de abril de 1862, la cual subió á 13.745 reales. La sigue la del tristemente célebre Eugenio Lopez Montero, que ascendió á 13.396 reales.

Hagamos justicia completa al pueblo de Madrid. Su compostura y aspecto en día de ejecución dejan mucho que desear; pero no puede negarse su caridad.

MADRID AL DIA.

Lo que hoy llama la atencion en la villa coronada, lo que corre, lo que mas ocupa las lenguas y las imaginaciones es el próximo enlace de la infanta doña Isabel, hija mayor de S. M. la reina de España, con su tío D. Cayetano María Federico de Borbon, conde de Girgenti, y hermano del que fué rey de Nápoles, con nombre de Francisco II.

Este suceso, que tendrá lugar mañana mismo, es el de mas bulto que FIGARO puede registrar entre las actualidades madrileñas.

Las fiestas, el ceremonial y las varias particularidades propias desemejante acontecimiento dan comidilla á las lenguas glotonas de palabras, incentivo á la curiosidad y origen á las murmuraciones de aquellos espíritus de crítica intransigente, que sobre todo ejercen ó quieren ejercer la censura, hasta sobre una cinta mas en un prendido, ó una piedra menos en un aderezo. Dicho se está que estos espíritus son femeninos, y que, aunque espíritus hembras, no son de aquellos puros, que están á Dios alabando, como dice el padre Ripalda.

El caso es que lo del día, hoy, en Madrid, es el casamiento de la infanta.

De esa régia niña, que hemos visto crecer de día en día, y con-

Los nuevos marido y mujer vivian en la casa de maese Prieto en el arrabal de la Santa Cruz, dejada por Tello Jaraba, el alguacil de villa. Allí habian puesto dos telares de paños, y como por repetidas ordenanzas y pregmáticas de los reyes, nuestros señores, no era lícito fabricar cosas de mecánica y oficio, sino á oficiales examinados, y Diego no lo era por no tener entonces la edad necesaria para serlo, menester fué que entrase de maestro un segoviano, maese Agustín Estéban, que fué entrar la perdición en la casa de la pañería, como podrá ver mas adelante el curioso lector, si en seguirlo siendo tuviese gusto.

VI.

El oficial examinado de los telares de Diego, el pañero segoviano, maese Estéban por fin, érase un hombre de sobre cuarenta ó mas años, decidior, entrometido, embustero, gran galanteador, muy amigo de esgrimir y jugador fuerte de primera de Alemaña, que es juego de naipes en que mucho se puede hacer trampas y fulleras, no desconocidas ciertamente para el dicho oficial.

Pues como adquiriese trato y confianza maese Agustín Estéban con Dieguillo, comenzó de pervertirle y enseñarle infinidad de vicios y picardías de que era ignorante, haciéndole tomar por hábito la holganza, y embriagándole cada día en los bodegones del attillo de Buena-Vista ó en los del Rastro de la villa. Con frecuencia acontecia que, como hiciese bueno, decíale Estéban á Diego:

—Nosamo, ved la hermosa tarde y el sol que cae. Dicha fuera darse una vuelta camino del monesterio de Atocha ó por las Vistillas de Sant Francisco, de do se ve la fábrica que están haciendo de la Puente Nueva; que para estos paños bajos que agora tejemos, tiempo hay de sobra. Demás que en levantándonos mañana que nos levantemos un hora antes del sol, adelantárase lo perdido.

Diego miraba á su mujer, que solía decirle:

—No se hace la casa con holgar, marido; ni la hormiga recoge la vitualla para el invierno yéndose de carreras ó de vistillas,

vertirse en una gentil muchacha casadera, que á mas de cuatro, depuesto el respeto de la alteza, hacia ya cosquillas en el corazón. Mañana se casa con su tío, y Dios quiera hacerla venturosa.

Como es natural, refiérense muchos detalles acerca del lujo y esplendidez de las halajas de la novia, del número de vestidos que lleva, de sus futuros trenes, en fin, de todo lo aquello que tiene que ver con el objeto principal en circunstancias tales: si tanto se comenta y tanto se entretiene la comadrería con una boda de un particular cualquiera, ¿qué no se dirá, tratándose del matrimonio de una hija y descendiente de reyes?

Pero con esto pasa lo que con las noticias de ciertos periódicos. Por ejemplo, decia uno tiempo atrás: «En la calle de la Puebla, número 26, cuarto 3.º, un escribano del crimen ha asesinado á su esposa. La causa fué un impulso de celos.» Y al día siguiente decia otro periódico: «La noticia que dió ayer nuestro colega X..... es exacta en el fondo, si bien cambia un poco la verdad de los detalles. El hecho no ocurrió en la calle de la Puebla, sino en la de la Palma; ni fué en el número 26, sino en el 78; ni en el cuarto 3.º, sino en el entresuelo. El héroe del suceso no era escribano del crimen, sino oficial de cazadores; no asesinó á su esposa, porque era soltero, sino que se suicidó; en fin, la causa de su muerte no fueron los celos, sino la desesperacion que le produjo una reprension de sus jefes. Aparte de estas ligeras equivocaciones, el colega fué exacto en la noticia.»

Lo mismo pasa con las que circulan, á propósito de los pormenores del casamiento de la infanta doña Isabel, y generalmente, respecto de todos los acontecimientos importantes de la capital. Aparte algunas ligeras equivocaciones, todos dicen la verdad.

La verdad, por ahora, es que la infanta doña María Isabel Francisca de Asís Cristina Francisca de Paula Dominga, según mis recuerdos y según la *Guía de forasteros*, nació en 20 de diciembre de 1851. De manera que tiene hoy diez y seis años y cinco meses no cumplidos, y que á esto se reduce la sencilla biografía oficial de la augusta novia.

Fué princesa de Asturias hasta el nacimiento de su alteza real el príncipe D. Alfonso, que ocurrió en 23 de noviembre de 1857, y ha crecido al lado de su madre, como todos sus hermanos.

El príncipe Cayetano es hijo de D. Fernando I, rey de Nápoles, y de su segunda esposa doña María Teresa Isabel de Austria.

Nació en 12 de enero de 1846, y permaneció en Nápoles hasta la caída de la dinastía de su hermano mayor Francisco II. Despues de este suceso entró á formar parte del ejército austriaco, en donde ha llegado á capitán de hulanos, cuerpo de caballería muy distinguido en Austria. El príncipe Cayetano se halló en la batalla de Koenitzgraetz, aquí mas conocida por la de Sadowa, y por sus hechos en ella está condecorado.

Entre nosotros es ya, por decretos de S. M. la reina, espedidos en estos pasados días, infante de España, caballero del Toison de Oro, gran cruz de las órdenes de Carlos III é Isabel la Católica, y coronel del regimiento caballería de Pavia, habiendo declinado el honor de ser nombrado capitán general de los ejércitos nacionales.

Como el rey de Nápoles D. Fernando I era hermano de doña María Cristina, madre de la reina, ésta y el príncipe D. Cayetano son primo-hermanos, y pariente por consecuencia en segundo grado de la infanta su futuro esposo. Ha sido necesaria, pues, la dispensa del Pontífice, cuyos despachos fué á buscar y habrá traído ya de Roma un auxiliar del ministerio de Estado.

Padrinos de la boda se dice que serán la reina madre, doña María Cristina, abuela de la novia, y D. Francisco II, rey que fué de las Dos Sicilias, hermano del novio, y acaso en representación de éste, el infante de España, D. Sebastian Gabriel. Esto se asegura de la verdad aun no respondo.

Hoy á las cuatro de la tarde, se firmarán las capitulaciones matrimoniales en la cámara de S. M. la reina, y se tomarán los *dichos*, según vulgarmente llamamos á la ceremonia del contrato

sino afinando y trabajando de sol á sol. Os mando, pues, que no vais á donde llevaros quiere maese Estéban.

—¿Qué se entiende mandar? contestábala entonces con gran desacato el oficial. ¡A vuestro marido mandais! Dad gracias á que no estoy en el lugar de mi amo, que mejor trato de cuerda no le habria llevado jamás galeote alguno de las galeras de S. M. ¡Mandar vos! ¿Cuándo se vido tal cosa? Dicha vuestra es que el señor Diego mas tenga de mujer que de varon, que si lo justo fuera....

—¿Mas qué sabeis vos de lo que tiene? ocurriale preguntar á la corcobada. Vos sí, que sois un perdido, quereis perder á mi Diego, y no será mientras yo viva.

—Nosamo, saltaba Estéban, haced callar á vuestra mujer, ó no respondo de mi paciencia.

Diego al fin reñia con dureza á la desconsolada Blasca, inclinándose al parecer del oficial, y para asentar fuertemente la autoridad de marido, acababa por coger la capa y el sombrero, diciéndole á maese Estéban:

—Vaya, vaya, compadre, asid de vuestro manteo, tomad la espada, y dejemos á esta lisiada que grite en buen hora hasta que enmudezca, que no fuera escasa dicha.

Y tomaban la vuelta de la calle.

También en ocasiones solia decir Agustín á Diego á tiempo que salían.

—Habréis echado en la bolsa algunos reales por si se ofreciere una primera en la taberna del Campillo, que ansimesmo el segoviano habia aprendido la flor del juego al marido de la corcobada.

—Razon teneis, no los puse, contestaba de comun Diego, porque su mujer tenia guardados los dineros.

Y entonces comenzaba entre ambos esposos otra disputa sobre el dar de los reales, que pocas veces tenia buen fin para la pobre Blasca.

(Se continuará.)

y preliminares de vicaría de todos los casamientos. Se ha hecho ya, como es consiguiente, trasacción parcial de las halajas que al matrimonio lleva la infanta.

Los ministros, en *grand tenue* de gala, serán testigos del acto.

Mañana 13, á las diez de la noche, se verificarán los desposorios en las habitaciones de S. M. el rey, oficiando el señor patriarca de las Indias.

Durante la ceremonia, las músicas de la guarnición tocarán en la plaza de Palacio.

Pasado mañana, jueves 14, saldrá la comitiva régia de Palacio para dirigirse á la basílica de Atocha, por las calles Mayor y de Alealá, á fin de que se celebren en aquel templo las velaciones de los recién casados con la pompa y aparato usual en tales casos. Las tropas de la guarnición cubrirán la carrera, y si el día está bueno, todas las muchachas bonitas de Madrid cubrirán detrás de la tropa las calles del tránsito. Allí estarán las casaditas para recordar, las solteras para ver si al cabo dejan de serlo.

Oficiará también en Atocha el patriarca de las Indias.

A la vuelta á Palacio, la comitiva subirá por la Carrera de San Gerónimo.

El mismo jueves, á las ocho, habrá gran comida en Palacio; el viernes, á las dos de la tarde, recepción en las habitaciones de los augustos recién casados, y por la noche, función de gala en el teatro Real; por último, el sábado 16, gran baile en Palacio, al que están invitados ya todos los individuos de los Cuerpos colegisladores.

Como estos sucesos se han de significar siempre con obras de caridad, para completar dignamente el cuadro de las fiestas matrimoniales de la infanta, S. M. la reina, entre otras limosnas que ha dispuesto, dará treinta y dos dotes para doncellas pobres de la corte; y el ayuntamiento va á repartir cinco mil bonos de pan, viandas y combustible á otras tantas familias necesitadas de Madrid.

Bien lo han menester.

Y no sé mas por hoy, aunque espero saber mucho, que os contaré, lectoras de mi alma, en el número próximo. Hasta entonces.

DICHOS Y HECHOS.

Los diarios de París elogian los cuadros que han presentado en la exposición de Bellas Artes de los Campos Eliseos nuestros compatriotas Zamacois y de los Rios. El del primero representa el *Refectorio de los trinitarios*, y el del segundo, una escena que titula *Después del duelo*.

También Julio Worms, autor del cuadro *La despedida del contrabandista*, premiado en la última exposición de Madrid, ha presentado en la de París otro titulado *La canción de moda*.

Falta este año en el concurso de los Campos Eliseos el malogrado Rui Perez; pero la colonia española está, como siempre, bien representada y alterna dignamente con los buenos artistas franceses.

En cambio, en Madrid se suspende la exposición que este año debía celebrarse; pero el amante de las artes puede consolarse vi, sitando el arquitectónico edificio construido con aquel objeto especial por el Sr. Jareño, detrás del palacio indo-chino del señor Indo (europeo).

Han llegado á España, y estarán dentro de poco en Madrid, dos monjes trapenses, del monasterio de la Melleraie, en Francia.

Dícese que traen la pretension de enseñarnos á orar y á labrar la tierra, so pretexto de que lo primero se nos va olvidando, y que lo segundo nunca lo hemos sabido.

También pretenden enseñarnos á guardar silencio.

Las dos cosas primeras podrán tal vez conseguirlas; pero en cuanto á la última, el fracaso es cierto.

También ha llegado á Madrid una de las mas legítimas y grandes celebridades europeas. No es ningún general, aunque ha ganado batallas y ayudado á conquistar reinos. Es un industrial, que sin otro auxilio que su ingenio y actividad, ha creado un establecimiento metalúrgico, poblado hoy por 22.000 almas, surcado de ferro-carriles, lleno de hornos de alta presión, de chimeneas y de máquinas.

La persona á quien nos referimos es el señor Krupp, dueño y director de las ferrierías de Essen (Prusia), y constructor del cañón monstruo, que figuró en la Exposición Universal de París de 1867, y de la enorme masa de acero fundido en una pieza, que llamó aun mas la atención que aquel instrumento de guerra.

Solo que tememos que el señor Krupp venga á España en calidad de constructor de cañones mas bien que en la de ferretero; y en este caso, poco puede prometerse la industria española de su viaje.

Ha fallecido en Francia, de edad de ochenta años, el célebre Mr. de Cormenin (Timon), autor del *Libro de los oradores* y de las *Cuestiones administrativas*, obras de que se han hecho varias ediciones en España y que han influido en nuestra educación política.

«El Cascabel», diario político, dedica algunas líneas, con motivo de las recientes lluvias, á los *acaparadores* de granos, á quienes aconseja que se contenten con la ganancia realizada.

O «El Cascabel» se propone adular por sistema las preocupaciones populares, ó es nada mas que un *cascabel* en cuanto se le saca de sus *tiendas* y de sus *romances*.

Cerca de tres millones de fanegas de trigo han entrado en España desde que se publicó el decreto de libre importación de cereales, y dos millones y medio de arrobas de harina. Constantemente necesitaban, pues, los *acaparadores* para resistir á esa inva-

sion y á los altos precios que, á pesar de ella, han alcanzado los granos.

No hay *acaparadores*, señor «Cascabel»: no hay mas que el sistema que Vd. sigue de dar al público gato por liebre siempre que el público confunda la liebre con el gato.

De repente (*continuación*) se oye un ruido confuso, después un ser extraño penetra en la habitación, luego el duende, trago, fantasma, ó lo que fuere, palpa la cama.

—En nombre de Dios, te pido que me digas quién eres.

¡Silencio sepulcral! nadie responde!

Dos minutos después, y como si el fantasma deseara conocer los límites del valor humano, comienza al parecer una danza frenética, hablando al mismo tiempo un idioma desconocido.

FIGARO alarga la mano en busca de una cerilla, y el miedo paraliza sus articulaciones.

Intenta pedir auxilio, y el espanto enmudece su lengua.

Por fin, hace un esfuerzo supremo, coge convulsivamente la caja de fósforos....

La caja estaba vacía.

No estaba vacía.

La caja contenía un solo representante del Sr. Lizarbe (de Cascante).

Todo el mundo sabe que siempre es falsa la última moneda que tenemos en el bolsillo y que jamás puede encenderse el último fósforo.

¡Gloria á Lizarbe, en Cascante!

Ardió el último fósforo.

Y la luz fué hecha.

Y FIGARO vió....

Vió un gato.

(Advertencia.—Era gata.)

En vano trató FIGARO de conciliar el sueño.

Era una noche en que,

en el piso tercero había baile y concierto en el segundo;

la señora del principal comenzó á dar indicios de que iba á ser madre;

en el entresuelo hubo una riña por no sé que escapado Lovelace, y en las caballerizas introdujo una yegua la manzana de la discordia.

Estos acontecimientos, si no le permitían descanso, distraían á FIGARO de la impresión que le produjera la mirada aquella.

¡Qué mirada!

Hay hombres cargantes que miran de una manera insolente, irritante, bestial, antipática, y hay vizcos que á uno le producen una contracción iracunda y nerviosa.

Si estas gentes pudieran ver sin ojos, FIGARO sería feliz.

Hay hombres que tienen la boca en el sitio de los ojos, pobres diablos que comen de lo que ven y contra los que nada tiene que decir FIGARO.

FIGARO respeta la santidad del hambre.

Pero los que tienen ojos y no ven, ó los que necesitan anteojos que enseñen á leer, los que hacen de lo blanco negro, esos son una raza tan peligrosa como la langosta en los sembrados y los perros callejeros en Constantinopla.

Y en estas cosas pensando, FIGARO notó que el reflejo de la mirada que sabeis fué poco á poco disipándose con la claridad de la naciente aurora.

La del alba sería cuando á FIGARO regaló Morfeo con una pesadilla de padre y muy señor mío, que le presentó millares de pares de ojos irradiando otras tantas sardónicas miradas.

La humanidad, al parecer, fijaba sus miradas en FIGARO. ¡Qué placer hubiera sido este para ciertos literatos domésticos y políticos de campanario!

FIGARO tiene la conciencia de su deber, y sufrió con modestia el fuego graneado de aquel mundo ocular que se aglomeraba en torno suyo.

Tout á coup, resuena una especie de estampido.

¿Era el del trueno? ¿era el del terremoto?

(Se continuará.)

Esta tarde hay un gran concierto y vistosos fuegos artificiales en la Plaza de Toros.

Acudan las gentes, porque el producto es para los pobres.

FIGARO lo suplica y la caridad lo manda.

Anoche debió estrenarse en el teatro de Novedades un drama en un acto titulado *Las mocedades de doña Isabel I.*

¡Hombre! ¡Las mocedades! ¡Y por qué no las verduras!

¡Pobre Isabel!

Son los cantares que canto.

hijos de mi corazón,

y se parecen muchísimo....

al padre que los parió.

¡Adios naturaleza! ¡Adios, leyes severas é inmutables de la Creación! Siempre había de ser un poeta el que os echase á rodar sin miramiento alguno. Trueba pare; Trueba, sin necesidad de comadron, práctico en partos ó matrona examinada, echa al mundo hijos de su corazón que se le parecen muchísimo.

Hace bien Trueba en no fiarse de nadie para la procreación de sus cantares. El se ha dicho, como Mendrugo en el sainete, que en las madres nunca hay contingencia, y ha querido ser la madre de sus hijos.

El libro de las montañas se titula el último frato que ha alumbrado Anton el de los cantares, y es, al decir de sus encomiadores, tan sencillote, tan apacible, suave y blando como todos los suyos. Lo cierto es que la simplicidad de Trueba ya me va pare-

ciendo simpleza. Es muy cómodo echar por tierra todas las conveniencias literarias, reírse á carcajada tendida de las reglas, de la crítica y hasta de los mismos poetas, y llamarse pájaro, pez, flor, rayo de sol, soplo de brisa, etc., etc.; decir que se ve con los ojos del alma, y que los demás apenas si con los del cuerpo alcanzan á distinguir algo, para soltar al cabo verdades como esta:

Que los ojos del alma
ven donde quiera
flores tras los abrojos,
sol tras las nieblas.

¿Es este el secreto del espíritu de Enrique Heine, como dice un aplaudidor de Antonio Trueba?? ¡Pobre Heine! Pues figurémonos que á Trueba hubiese ocurrido decir:

Que los ojos del alma
ven donde quiera
abrojos tras las flores,
tras del sol nieblas.

¿Habría también poseído así el secreto del gran poeta alemán? Porque, después de todo, lo mismo se podía esclamar, tras de aquellos como tras de estos últimos versos,

¡Ah! con los ojos del alma,
qué hermosamente se ve!

Porque los ojos del alma, créanme ustedes, ven todo lo que quieren. Otra cosa es ver con los ojos de la inteligencia.

En fin, para FIGARO, Trueba es un buen poeta del género campestre, de la escuela *buissoniere*, como dicen los franceses, y un buen *cuentista* de todos los colores (menos el verde, sea yo justo); pero lo que es ver, francamente, no ve mas allá de sus narices.

Siempre quiebra la soga por lo mas delgado. Mi oficial de barba, Cañones, había preparado un papel amarillo y un alfilerito para hacer las apuntaciones de las suertes, caballos muertos, revolcones, cojilas, pares de banderillas, etc., etc.

Pero desdichadamente, aunque por el reciente arreglo de los días festivos, la barbería se cierra á las dos de la tarde, el pobre Cañones tuvo ayer necesidad de poner unas ventosas y otras sanguijuelas á domicilio, y no pudo asistir á la corrida de toros.

FIGARO estuvo en la plaza.

¡Buena, buena, buena corrida! ¡Qué toros! ¡Veintiseis caballos fuera de combate! ¡Dos hombres cojidos por los bichos! ¡Muchas caídas de picadores! ¡Muchas!

Solo faltó para completar la fiesta un par de toreros muertos. El público salió contentísimo del espectáculo nacional.

FIGARO está satisfecho, enteramente satisfecho.

FIGARO no dió la noticia del fallecimiento del duque de Valencia, porque nadie había en España que lo ignorase á las pocas horas del suceso. Pero va á publicar ahora la traducción literal de la esquila murtuoria circulada por la familia del general en Francia, porque la hace curiosa é interesante la enumeración de todos los parientes que tenía á su muerte D. Ramon Narvaez.

Dice así:

«La duquesa de Valencia, dama de S. M. la reina de España; el vizconde de Aliatar, conde de la Cañada Alta, marqués de Villa Alegre y de Espeja; los Sres. D. Ramon y D. Rafael Narvaez; la señorita doña Felicia Narvaez; el Sr. D. José Campos y señora; el Sr. D. Joaquín Campos y señora; el conde de Torres Cabrera; el marqués y la marquesa del Salar; la señora generala Manso; el Sr. D. Joaquín Bouigny y señora; la condesa de Tascher; el conde Pablo de Tascher; el marqués y la marquesa de Tristan; el vizconde Carlos de Tascher; el conde Pedro de Tristan; la señorita de Tristan; el vizconde y la vizcondesa de Chaulnes; el marqués de Havrincourt, chambelan de S. M. el emperador; la marquesa de Havrincourt; la señora A. de Tascher; el vizconde y la vizcondesa de la Rapelle; el baron y la baronesa A. de Chabaud la Tour; el conde y la condesa de Havrincourt; el conde y la condesa Antoine de Chabannes la Palice; el conde y la condesa Chabannes de la Palice; la señora Blanca de Baudus; el señor y la señora G. de Baudus; el señor y la señora E. de Baudus; la señora Valeria de Baudus, en el claustro sor Cruz de Santa Radegonda; el señor y la señora de Montenon; la señora condesa de Raymond; el señor conde de Raymond; el señor y la señora de Ivernois; la señora Duffour; el señor Jorge Duffour; el baron y la baronesa de Montesquieu; el baron Tascher de la Pagerie, oficial de órdenes de S. M. el emperador; la baronesa Tascher de la Pagerie; el señor baron de Montbrun, prefecto de palacio; la baronesa de Montbrun, y el señor Enrique de Montbrun.

«Tienen el honor de participaros la pérdida dolorosa que acaban de experimentar en la persona del señor general Narvaez, duque de Valencia, grande de España de primera clase, caballero del Toison de Oro, ministro de la Guerra, presidente del Consejo, antiguo embajador, gran cruz de las reales y militares órdenes de San Fernando, San Hermenegildo, Carlos III é Isabel la Católica, caballero profeso del hábito de Alcántara, gran cordon de la Legion de honor, de San Mauricio y San Lázaro, de la Torre y la espada de Portugal y de otras órdenes; su esposo, tío, yerno, hermano político, sobrino, primo, fallecido en Madrid el 23 de abril de 1863, después de haber recibido los Santos Sacramentos.

»Rogad por él»